

La Comédiathèque

SIN SENTIDO

PROHIBIDO

Jean-Pierre Martinez

comediatheque.net

**Este texto se ofrece gratuitamente para la lectura.
Antes de cualquier explotación pública, profesional o aficionada,
se debe obtener la autorización de la SACD :
www.sacd.fr**

Sin Sentido Prohibido

Jean-Pierre Martinez

Comedia de sketches. Humor absurdo.

Reparto:

Numerosos personajes (hombres y mujeres). Dos personajes por sketch.

Reparto variable.

1. Aquí y más allá.....	3
2. Sala de espera.....	5
3. Eso no quiere decir nada.....	10
4. La cuenta.....	12
5. Mirar es gratis.....	15
6. ¡Fuego!.....	17
7. El contador.....	19
8. Autoironía.....	22
9. Al unísono.....	24
10. El periódico.....	27
11. La visita.....	30
12. Vacación.....	32
13. Pastar.....	35
14. Los autores de nuestros días.....	37
15. Jorge.....	39
16. JC.....	43
17. La maleta.....	45
18. Low cost.....	48
19. La carretera.....	55
20. A decir verdad.....	58
21. Contrasentido del humor.....	61

1. Aquí y más allá

Un personaje espera, solo en escena, sin saber qué hacer.

In – Perdone... ¿Hay alguien?

Tras una pausa, le responde una voz en off.

Off – No...

In – Ah, vale, yo... Bueno...

Espera un momento más.

In – Siento molestarle, pero... Llevo ya un rato esperando y...

Off – Sí...

In – Bueno, he perdido un poco la noción del tiempo. Estoy aquí desde que... En fin, ya sabe... Y me preguntaba si...

Off – Sí...

In – ¿Estoy... en el cielo... o en el infierno?

Off – ¿Usted qué cree?

In – ¿En el purgatorio?

Off – No.

In – ¿En el limbo?

Off (*sorprendido*) – ¿El limbo?

El personaje parece desconcertado.

In – Pero entonces, ¿dónde?

Off – En ninguna parte.

In – ¿En ninguna parte?

Off – En ninguna parte.

In – Pero... ¿hasta cuándo?

Off – Hasta que empiece.

In – ¿O sea que todavía no ha empezado?

Off – No.

In – Ah, vale... (*Intenta asimilarlo.*) Pero ¿qué es lo que no ha empezado todavía?

Off – ¿Puedo hacerle yo también una pregunta?

In – Sí...

Off – ¿Qué narices hace usted aquí?

El que está ahí se queda perplejo.

In – Pues yo... Se me ha olvidado por completo...

Off – Pero ¿usted quién es?

In – La verdad... No tengo ni idea...

Una pausa.

Off – Entonces ya se puede empezar.

2. Sala de espera

Ella está allí. Él entra.

Él (*con la amabilidad de rigor*) – Buenas tardes.

Ella (*por simple cortesía*) – Buenas tardes...

Él va de un lado a otro, examinando el lugar, algo incómodo.

Él – ¿A qué hora tiene cita?

Ella – He llegado un poco pronto...

Una pausa.

Él – ¿No ha visto a nadie?

Ella – No.

Él – Bueno...

Una pausa.

Él – Es mi primera cita... ¿Cómo es ella...?

Ella – ¿Ella?

Él – Por teléfono me atendió una mujer...

Ella pone cara de duda, pero no responde.

Ella – A lo mejor son dos...

Él – Entonces para usted también es... la primera vez.

Ella no responde.

Él – Bueno... Hombre o mujer... Lo importante es que sean competentes...

Ella esboza una sonrisa algo forzada. Otro silencio incómodo.

Él – Puedo cederle mi turno, si le viene bien... Como usted estaba aquí antes que yo...

Ella (*fríamente*) – No creo que sea buena idea.

Él – Perdone... La dejo tranquila... Es que estoy un poco nervioso...

Ella parece sentirse culpable por haber sido tan brusca.

Ella – Yo también estoy nerviosa... No soporto esperar...

Él – Por eso llega antes de la hora a sus citas...

Ella no sabe cómo tomárselo. Él mira un reloj de pared, que puede ser imaginario.

Él – Es la primera vez que veo un reloj de pared en una sala de espera...

Se mira el reloj de pulsera.

Él – Se han olvidado de ponerlo en hora...

Ella apenas presta atención a lo que dice.

Él – Es raro... poner en una sala de espera un reloj que ni siquiera está en hora... Claro que ellos tampoco atienden nunca a su hora, así que...

Una pausa.

Él – Debe de formar parte del juego...

Ella – ¿Qué juego?

Él – El de hacernos esperar así... Por algo nos llaman pacientes...

Una pausa.

Él (*inquieto*) – ¿No ha oído algo?

Ella – No...

Él se acerca a la puerta por la que ha entrado y acciona la manilla, pero no consigue abrirla.

Él – Cerrada...

Ella (*muy inquieta*) – ¿Cerrada? ¿Quiere decir... con llave?

Él – Ahora sí que no hay vuelta atrás...

Se acerca a la puerta del otro lado, que se supone que da a la consulta, e intenta accionar la manilla, con el mismo resultado. Se vuelve hacia ella.

Él – Esta también está cerrada...

Ella comprende la situación y empieza a entrar en pánico.

Ella – ¿Por qué nos han encerrado así? Tengo claustrofobia...

Él querría tranquilizarla, pero también empieza a estar muy preocupado.

Ella mira a su alrededor, presa del pánico.

Ella – No hay ni una ventana... Vamos a morir asfixiados...

Él (*esforzándose por mantener la calma*) – Pero no, tranquila... ¡Además, tenemos los móviles...!

Ella – No tengo móvil...

Él – ¡Pero yo sí!

Saca el móvil e intenta marcar un número, pero enseguida se lleva un chasco.

Él – Vaya, me he quedado sin batería... (*Intentando mantener el optimismo a pesar de todo.*) Pero algún enchufe tiene que haber por aquí...

Los dos se ponen a buscar, primero de pie y luego de rodillas.

Ella – No veo nada... ¿Y usted?

Él (*desde detrás del sofá*) – No... Ah, sí...

Se levanta y muestra algo en alto.

Él – He encontrado un preservativo...

Ella – ¿De verdad cree que es el momento?

Él – Perdone...

Ella – Entonces, ¿qué hacemos?

Él – De momento, aparte de esperar... A lo mejor vuelven...

Se calman por un momento, resignados.

Ella – ¿Por qué ha venido usted?

Él la mira, un poco sorprendido por la pregunta.

Ella – Perdone... Además, yo tampoco sé muy bien qué hago aquí... Pero eso ya es motivo suficiente para haber venido, ¿no...? Quiero decir, no saber qué hace uno aquí...

Parece estar a punto de desmayarse.

Él – Túmbese...

Ella se dispone a tumbarse, como en el diván de un psicoanalista, pero de pronto se echa atrás.

Ella – ¿Es usted?

Él – ¿Cómo que yo?

Ella – ¿Entonces todo esto es un montaje para desestabilizarme?

Él – Solo le decía que se tumbara un poco, para descansar...

Ella – Perdone, estoy empezando a delirar... (*Mira el reloj de pared y parece comprender algo.*) Pero, ahora que lo pienso... ¿No era anoche el cambio de hora?

Él – Sí...

Ella – ¡Se me ha olvidado por completo adelantar el reloj!

Él – ¿Y?

Ella – ¡Pues que he llegado una hora tarde! ¡Y yo pensando que había llegado pronto! ¡Por eso mi psicoanalista ya se ha ido! Habrá cerrado las puertas al marcharse, pensando que no quedaba nadie...

Él – ¿Su psicoanalista...? ¿No estamos en la consulta de un dentista?

Ella – El dentista está enfrente...

Él – ¿En serio?

Ella – ¡Pues sí!

Él se lleva de pronto la mano a la mejilla.

Él (*con una mueca de dolor*) – ¡Ay...! Ya empieza otra vez...

Ella – ¿Qué?

Él – ¡La muela del juicio! ¡Por eso he venido!

Ella – Usted, por lo menos, sabe por qué está aquí...

Él – Sí, bueno... Venir al psicoanalista para que me saquen una muela del juicio...

Ella – Le habrá confundido el apellido...

Él – ¿El apellido...?

Ella – El doctor Muelas... La verdad es que se presta a confusión...

Él la mira sin comprender.

Ella – ¡Muelas! Suena más a dentista...

Él – Nunca se me había ocurrido... ¿Y la dentista...?

Ella – Soy yo...

Él – ¿Perdón...?

Ella – Se puede ser dentista y necesitar un psicoanalista, ¿sabe...? No es frecuente, pero... Puede pasar...

Él – Pero entonces... podrá hacer algo por mí...

Ella (*desconcertada*) – Es que... No estoy en mi consulta... No tengo mi instrumental...

Parece cambiar de opinión.

Ella – A ver...

Él abre la boca y ella mira.

Ella – Ah, sí, está todo muy inflamado... Y la muela ya se mueve bastante. A lo mejor, si tiro un poco...

Él – ¡¡¡Ay!!! (*Cierra la boca.*) ¿Está segura de que es dentista?

Ella (*ofendida*) – ¿Cree que me lo estoy inventando? ¿Es eso...? Así que, según usted, por ir al psicoanalista ya está una completamente loca...

Él – No, en absoluto... Es solo que... Me ha hecho daño, nada más...

Ella – Pues sí... Eso es lo que oigo todo el día, fíjese. Me ha hecho daño... Como si les hiciera daño por gusto...

Él se sujeta la mejilla.

Él – ¿Por qué las llaman muelas del juicio, exactamente...?

Ella – Porque salen cuando ya se tiene juicio, supongo...

Él – ¿Y entonces por qué tienen que doler horrores las muelas del juicio, hasta el punto de que haya que sacarlas...?

Ella – ¿De verdad es usted psicoanalista...?

Él – Se puede ser psicoanalista y tener dolor de muelas, ¿sabe...? Perdone que insista, pero... ¿Está segura de que esto no es una consulta de dentista...?

Ella – ¿O sea que estaría encerrada en mi propia sala de espera creyendo que estoy en la consulta de un psicoanalista...? ¡De verdad que me toma por loca!

Silencio.

Él – De todos modos, no hay nada que se parezca tanto a una sala de espera como otra sala de espera... Y el reloj de pared sigue sin estar en hora... Igual que su reloj de pulsera...

Ella (*con firmeza*) – ¡El dentista está a la derecha y el psicoanalista a la izquierda!

Él – Vale, vale...

Para disimular su incomodidad, recorre la sala y se planta ante una reproducción de un cuadro, que puede ser imaginaria.

Él – *El grito...* Todo un clásico de las salas de espera... Sirve igual para dentistas que para psicoanalistas...

Ella – Sí... Tengo el mismo en mi sala de espera... (*Lo mira, asaltada por una duda, rebusca en el bolsillo y saca una llave.*) Voy a comprobarlo, por si acaso... Llevo en el bolsillo la llave de mi consulta... (*Se dirige a la puerta y la abre sin dificultad.*) ¿Me sigue, doctor...? Vamos a ocuparnos de esa muela del juicio...

Él la mira, perplejo.

3. Eso no quiere decir nada

Un hombre y una mujer.

Hombre – Me pregunto si mi jefe no estará intentando echarme.

Mujer – ¿En serio?

Hombre – Cuando me cruzo con él por los pasillos, ya no me saluda. Antes comíamos juntos al menos una vez a la semana...

Mujer – Bah, eso no quiere decir nada, ¿eh? A lo mejor está muy liado. O está a dieta.

Hombre – No sé... Ha empezado a tratarme de usted. Hasta ahora me tuteaba.

Mujer – Bah, eso no quiere decir nada, ¿eh? Es más bien una muestra de respeto, ¿no? Eso demuestra que le toma en serio.

Hombre – Ya, pero... Acaba de quitarme un asunto importante del que me ocupaba para pasárselo al tipo que acaba de contratar...

Mujer – Bah, eso no quiere decir nada, ¿eh? No quiere que sus empleados estén sobrecargados de trabajo, y eso le honra. Seguro que por eso ha contratado a alguien para echarle una mano.

Hombre – Ya... Pues ahora no estoy sobrecargado en absoluto. De hecho, desde hace una semana no tengo ni un solo asunto que atender. Me los han ido quitando uno detrás de otro.

Mujer – Bah, eso no quiere decir nada, ¿eh? A lo mejor quiere que esté completamente disponible porque tiene pensado encargarle un trabajo muy importante...

Hombre – No estoy tan seguro. Tenía un despacho grande en la última planta, justo al lado del suyo. Ahora me han instalado en el sótano, en un cuarto sin ventanas. Y mi despacho se lo ha dado precisamente al nuevo...

Mujer – Bah, eso no quiere decir nada, ¿eh? Además, por lo menos ya no lo tiene encima todo el día. Tiene más independencia...

Hombre – Ah, sí, eso desde luego. Puedo hacer lo que quiera. No viene nadie a verme en todo el día. Me paso el tiempo jugando por internet en el ordenador. Bueno, ya no. Ayer me cortaron el acceso a internet...

Mujer – Bah, eso no quiere decir nada, ¿eh? Las compañías de internet tienen averías cada dos por tres, ya se sabe.

Hombre – Lo peor es que me pregunto si no se estará acostando con mi mujer.

Mujer – ¿En serio...?

Hombre – No sé... Ayer, sobre las tres de la tarde, la vi salir de un hotelito con él... Ahora me dirá que eso no quiere decir nada...

Mujer – Mmm... Eso sí que podría ser una señal...

4. La cuenta

Ella está sentada sola a una mesa de un restaurante, con la mirada perdida. Él llega con paso decidido, sin mirarla, garabateando ya algo en su libreta de comandas.

Él (*con entusiasmo, algo acelerado*) – ¿Le han gustado los mejillones rellenos? Son la especialidad del chef...

Ella (*sombría*) – Yo he tomado el plato del día. El conejo...

Él (*sin inmutarse*) – Bueno, ¿qué va a tomar la señora para terminar? ¿Un postrecito? ¿Un cafelito? ¿La cuenta?

Ella (*mirándolo con intensidad*) – No hay nada más deprimente que comer sola en un restaurante...

Él (*intentando mantener la compostura, aunque algo desconcertado*) – ¿Un chupito?

Ella – Sobre todo para una mujer...

Él – ¿Marie Brizard? ¿Cointreau? ¿Grand Marnier?

Ella – Comer en un buen restaurante es un poco como hacer el amor, ¿me entiende?

Él (*turbado*) – Un licor de señoras, vamos...

Ella – Técnicamente, a solas o en compañía, se acaba más o menos igual. Y, aun así, es mejor entre dos, ¿no...?

Él – ¿Una infusión...?

Ella – Ni siquiera hace falta hablar, ¿eh? Ni en la cama ni en la mesa. Con decir cuatro cosas basta. Qué sé yo... Pásame la mantequilla...

Él – ¿Dulces Sueños? ¿Noche Tranquila?

Ella (*solícita*) – ¿De verdad no quiere sentarse?

Él – Es que...

Ella – Para usted tampoco debe de ser fácil. ¿Me equivoco?

Él – Pues...

Ella – No es que desprecie su trabajo, ¿eh? Pero eso de servir los platos y marcharse. Sin poder ni probarlos... ¿Ha comido, por lo menos?

Él – Todavía no...

Ella – ¿Tiene hambre?

Él – Bueno, yo...

Ella (*ofreciéndole la cesta del pan*) – Tome al menos un trozo de pan.

Él – No sé si...

Ella – También tiene derecho a descansar un minuto...

Ella se levanta y, con autoridad, le hace un gesto para que se siente. Él obedece.

Él – La verdad es que... después del ajetreo de las comidas, siempre me da un bajón...

Ella vuelve a sentarse frente a él.

Ella (sonriendo) – Ya está. Así ya somos dos.

Él se pone a masticar el pan a palo seco.

Ella – ¿Un poco de mantequilla? Así entrará mejor...

Él – Gracias.

Coge la mantequilla y empieza a untarla en el pan.

Ella – ¿Sabe lo que me decía mi abuela?

Está claro que no lo sabe.

Ella – El apetito es el mejor condimento.

Él parece muy impresionado por la profundidad filosófica de esta reflexión.

Él – Es verdad...

Ella – Cuando uno tiene hambre, una simple rebanada de pan...

Él (suspirando) – Me recuerda a mi infancia... Las rebanadas de pan que me daba mi madre para merendar... Con mantequilla salada... Nací en Bretaña...

Ella (amable) – ¿Quiere un poco de sal para echar por encima?

Le ofrece el salero. Él duda un momento, luego lo coge y echa un poco de sal sobre el pan. Ella lo mira comer con ternura.

Ella – Está bueno, ¿eh?

Él – Para mí, esto es tan bueno como el caviar, ¿sabe...?

Ella – Es lo que he tomado de entrante... Caviar... También es salado, sí... Aunque lo que pica de verdad es la cuenta...

Él sonríe y sigue masticando. Ella lo mira un momento más, con aire sosegado.

Ella – Me ha sentado bien hablar un poco con usted.

Se levanta y le dedica una mirada llena de gratitud.

Ella – Gracias, de verdad...

Se pone el abrigo.

Ella (sonriendo) – La próxima vez invito yo.

Él – Gracias...

Ella se marcha, haciéndole un pequeño gesto de despedida antes de salir.

Él se queda sentado, un poco perdido, masticando su pan con mantequilla y soñando despierto. Entra otro hombre (u otra mujer), probablemente el dueño (o la dueña). Mira, sin comprender, primero al camarero sentado a la mesa y luego hacia la puerta por la que acaba de salir la clienta.

5. Mirar es gratis

Un hombre entra en una tienda, donde lo recibe una dependienta.

Mujer – ¿Quiere ver algo?

Hombre – Voy a mirar.

Mujer – Echar un vistazo no cuesta nada.

Hombre – Ya veré.

Mujer – Voy a mirar a ver si veo algo para usted...

Busca algo y se lo tiende.

Mujer – Mire a ver.

Hombre – ¿No es demasiado vistoso?

Mujer – Míreme.

Hombre – ¿Me ve con esto?

Mujer – Hay que vérselo puesto. Mírese.

Hombre – No me veo.

Mujer – Usted verá. ¿Quiere ver otra cosa?

Hombre – Voy a seguir mirando.

Mira otra cosa.

Hombre – No veo el precio.

Mujer – Mire en la etiqueta.

Hombre – No veo nada.

Mujer – No hay que mirar tanto el precio, créame.

Hombre – Voy a volver a ver el primero.

Mujer – Tome, mire. ¿Ve?

Hombre – Ah, sí, me veo mejor con esto, la verdad.

La mira.

Hombre – ¿No nos hemos visto antes en algún sitio?

Mujer – No recuerdo haberle visto...

Hombre – Déjeme mirarla... ¿Cómo se llama?

Mujer – No veo por qué tengo que decírselo.

Hombre – Podríamos volver a vernos.

Mujer – ¡Mire usted por dónde!

Hombre – Ya ve a qué me refiero...

Mujer – ¿Pero tú me has mirado bien? ¿Tú te has visto? ¡A mí ni me mires! ¿Estamos?

Hombre – Ya veo...

Mujer – Le dejo seguir mirando.

Hombre – Creo que ya he visto bastante.

Mujer – ¡Mirón!

Hombre – Entonces... ¿nos vemos?

Mujer – Eso. ¡Fuera de mi vista!

Hombre – Mirar no cuesta nada...

Mujer – Pues mírame bien, porque no me vas a volver a ver.

Hombre – Ya veremos.

Mujer – Venga, que ya te he visto bastante.

Lo empuja hacia la salida.

Hombre – Vamos a ver...

Sale.

Mujer – ¡Hay que ver lo que hay que ver!

6. ¡Fuego!

Dos mujeres, en la terraza de un café, hacen su pedido a un camarero al que no se ve.

Una – Un descafeinado, por favor. Con sacarina, como siempre...

Dos – Pues mira, ¡yo me voy a tomar un capuchino! Mañana vuelvo a la dieta...

La segunda, mirando hacia el público, ve a dos hombres y se retoca el maquillaje con entusiasmo. La primera, apagada, está absorta en sus pensamientos.

Una – ¿Tú crees en Dios?

Dos (*excitada*) – Depende del día. Pero viendo a esos bomberos de ahí, creo que acabo de recuperar la fe...

Una (*preocupada*) – ¿Hay fuego en alguna parte?

Dos – Justo enfrente de nosotras... Acaban de sentarse... ¿No los has visto?

Una (*entornando los ojos para intentar ver*) – No, no veo nada...

Dos (*intentando ser un poco discreta*) – Ahí, los dos que van vestidos igual, con el pelo a cepillo y las camisas azules de manga corta. Será el uniforme de verano...

Una – ¿Y cómo sabes que son bomberos?

Dos – ¡Pero si lo pone ahí! En sus politos, ¿no lo ves? ¡Bomberos Voluntarios!

Una – Ah, sí, puede ser... Por cierto, tengo que comprarme lentillas nuevas.

Dos – ¿Lentillas...?

Una – Me parece que veo un poco borroso...

Dos – Pues yo los veo perfectamente... Y no sabes lo que te pierdes...

Una (*mirando a la segunda*) – Hasta a ti te veo un poco borrosa... Y eso que estás aquí al lado... (*Preocupada.*) ¿No tendré ya vista cansada...?

Dos – Están morenÍsimos, ¿has visto? Pero parecen un poco cansados, ¿no...?

Una – Siempre me he preguntado por qué las llaman lentillas...

Dos – A lo mejor acaban de volver de una misión... (*Con énfasis.*) Guerreros sucios y agotados, que se han jugado la vida entre las llamas, pero con la satisfacción del deber cumplido...

Una – Es verdad, no tienen mucho que ver con las lentes...

Dos (*entusiasmada, acompañando sus palabras con gestos*) – Me los imagino, con su enorme manguera en la mano, intentando apagar un incendio durante toda la noche...

Una – A lo mejor es porque hay que dejarlas en remojo toda la noche. Igual que las lentes...

La segunda mira a la primera, preguntándose de qué le está hablando.

Dos – Ahora entiendo por qué nuestros hijos sueñan con ser bomberos...

Una – O a lo mejor se me ha olvidado ponérmelas...

Dos (*suspirando*) – Ni nos ven, fíjate...

Una – Voy a comprobarlo, por si acaso...

La primera se toca un ojo con el dedo.

Dos – Es increíble... Parece que, en cuanto nos casamos, se nos ve menos. Y después de uno o dos embarazos, nos volvemos completamente transparentes...

Una – Ah, no, sí que llevo...

Dos – Pues nada... Ya se van...

Una – ¡No puede ser!

Dos – ¡Que sí, te lo juro, mira!

Una (*horrorizada*) – ¡¿No me habré puesto las dos en el mismo ojo?!

La segunda mira a la primera, desconcertada. Se oye una sirena de bomberos.

Una – ¿Pero qué narices hace ese con mi capuchino...? Que tengo que volver al curro...

Dos – Tranquila, que no se quema nada...

7. El contador

Un personaje está de pie, pero encorvado. Lllaman al timbre. Va a abrir, sin enderezarse.

Dos (*en off*) – ¡Buenos días! Vengo por lo de los contadores.

Uno – Entre, le estaba esperando.

El segundo aparece, también encorvado.

Uno – Es por aquí, sígame. Cuidado, que el techo es muy bajo.

Dos – No se preocupe, estoy acostumbrado.

El segundo sigue al primero hasta un punto del escenario.

Uno – Bueno, aquí está el del agua.

El segundo anota la cifra en una libreta.

Dos – Muy bien...

El primero va a otro punto del escenario, seguido por el segundo.

Uno – Este es el de la luz...

El segundo anota la cifra en su libreta.

Dos – Perfecto...

El primero va a otro punto del escenario, seguido por el segundo.

Uno – Este debe de ser el del gas.

Dos – Mmm...

El segundo anota la cifra en su libreta.

Dos – Ah, este mes ha bajado su consumo. Claro que hemos tenido un invierno muy suave.

Uno – Alguna ventaja tenía que tener el calentamiento global...

El primero se dirige a un último punto, seguido por el segundo.

Uno – Y este es el contador de oxígeno...

Dos – Muy bien...

El segundo mira el contador con gesto de desaprobación.

Dos – ¡Ah, pero aquí sí que se ha pasado de lo que tiene contratado! (*Se vuelve hacia el otro.*) ¿Qué ha pasado, señor López?

Uno – No sé... Es verdad que últimamente me falta un poco el aire cuando corro... En la cinta...

Dos – Tiene que dejar de hacer ejercicio, señor López... Puede que sea bueno para la salud, pero no lo es para el bolsillo...

Uno – Y encima, el oxígeno ha vuelto a subir este mes...

Dos – ¿No tendrá alguna fuga?

Uno – No creo...

El segundo anota la cifra en su libreta.

Dos – A lo mejor debería bajar un poco más el techo... Habría menos pérdidas, créame...

Uno – Es que, con lo de mi espalda...

Dos – Ah, usted verá, ¿eh...?

El segundo saca un datáfono.

Dos – Entonces... ¿Cheque? ¿Tarjeta?

Uno – Es que... ¿No podría esperar un poco? Es que mi pensión, en cambio, más bien va bajando...

Dos – Ya, pero, señor López... Me pone en un compromiso...

Uno – Podría pagar en dos plazos...

Dos – Ya, pero eso no es posible, señor López... Compréndalo, si todo el mundo hiciera lo mismo...

El primero no sabe qué responder. El otro está visiblemente incómodo.

Dos – Bueno... Diremos que no he podido leer los contadores porque usted no estaba en casa, y vuelvo la semana que viene, ¿de acuerdo?

Uno – De acuerdo... Pero si pudiera volver dentro de unos quince días, mejor...

Dos – Señor López... ¡Tampoco hay que pasarse! Y piense... Si nos viéramos obligados a cortarle el oxígeno, ya sabe lo que eso significa...

Uno – Solo me quedaría el gas.

Dos – Si ha pagado la factura...

Pese a todo, el segundo le da al primero una palmada amistosa en la espalda para quitarle hierro al asunto antes de despedirse.

Dos – Venga, no se preocupe, señor López... Vuelvo el mes que viene, ¿de acuerdo? Pero es la última vez, ¿eh?

Uno – Gracias...

Dos – Y hasta entonces, ¡nada de ejercicio! ¡Y procure no respirar tan a menudo, hombre! Qué sé yo... Una vez sí y otra no es más que suficiente, ¿no? Cuando cuesta llegar a fin de mes, hay que saber apretarse un poco el cinturón... Basta con subírsele a la altura de los pulmones...

El primero responde con una sonrisa resignada y se dispone a acompañarlo a la puerta.

Dos – No hace falta que me acompañe, conozco el camino. Y así ahorra aire...

El otro se detiene y se dan la mano.

Dos – Venga, hasta la vista, señor López... Y piense en lo que le he dicho... Bajar el techo treinta centímetros supone un diez por ciento menos de consumo de oxígeno... ¿No ha visto nuestra última campaña informativa en la tele?

Uno – Gracias... *(El segundo se marcha y el primero se queda solo.)* Creo que será mejor apagar también la luz...

8. Autoironía

Dos personajes miran algo que tienen delante.

Uno – ¿Qué coche es?

Dos – Mercedes.

Uno – Ah, ya.

Dos – Me han mangado la estrella. Al principio mandaba poner otra. Luego lo dejé por imposible. Me la mangan cada vez.

Uno – Eso de poner estrellas hasta en los coches... Es muy de alemanes.

Dos – Me pregunto qué narices hacen con ellas.

Uno – ¿Quiénes?

Dos – ¡Con todas esas estrellas! ¿Las coleccionan o qué?

Uno – De todas formas, más vale que le manguen la estrella y le dejen el coche. El mío no tenía estrella. Me lo robaron el año pasado. Así que me compré este. De segunda mano... *(Una pausa.)* ¿Y está contento con el suyo?

Dos – Es robusto.

Uno – No es muy bonito.

Dos – Es alemán.

Uno – Es buena marca.

Dos – Es Mercedes.

Uno – Sí.

Dos – Uno sabe lo que compra.

Uno – Y sabe lo que tiene.

Dos – Calidad alemana, vamos. *(Una pausa.)* ¿Y el suyo qué es?

Uno – Nunca lo he sabido.

Dos – ¿Perdone?

Uno – El tipo al que se lo compré me dijo que era un Renault. No lo ponía por ninguna parte. Pero en el taller me dijeron que no.

Dos – ¿Pero entonces qué es?

Uno – No lo saben.

Dos – ¡Joder!

Uno – Por lo demás, va bien. Un cambio de aceite de vez en cuando. Menos mal, porque lo de los recambios... Sin saber la marca.

Dos – Ah, ya...

Uno – Sí... Es hijo de marca desconocida, vamos. Me han dicho que a lo mejor lo fabricaron en algún país del Este. O en China. En Israel, quizá. Algún fabricante que habrá desaparecido desde entonces. O que habrá cambiado de nombre. Como los judíos durante la guerra, ¿sabe?

Dos – ¿Pero qué pone en el permiso de circulación?

Uno – Renault.

Dos – Pero no es un Renault...

Uno – Había que darle un nombre. Una identidad, por así decirlo. Adoptarlo, vamos. Porque por lo demás está en regla y todo. ¡Es un coche, ¿eh?! Vamos, que anda. Solo que es de marca desconocida.

Dos – ¿Y de qué año es?

Uno – Pues tampoco se sabe muy bien. Tendrá unos treinta años. De antes de que cayera el muro, en cualquier caso.

Dos – ¿Qué muro?

Uno – Pues eso es lo que no se sabe. El de Berlín, a lo mejor. O la Gran Muralla China. Vaya usted a saber...

Dos – ¿Se ha caído la Gran Muralla China?

Uno – Habría que datarlo. Con carbono 14. Directamente a la salida del tubo de escape.

Dos – No lleva catalizador...

Uno – Ni cinturones de seguridad, claro. Pero como está considerado un coche clásico, puedo circular con él de todas formas. Por lo demás, es un buen coche.

Dos – ¿Y con qué funciona?

Uno – Yo le echo gasóleo de calefacción. Pero a lo mejor funcionaría con otra cosa. Nunca lo he probado.

Dos – Joder...

Una pausa.

Uno – Y el suyo, ¿está del todo seguro de que es un Mercedes?

El otro lo mira, un poco inquieto.

Uno – No, quiero decir, como no lleva la estrella...

Una pausa.

Uno – ¿Tiene los papeles, por lo menos?

9. Al unísono

Dos personajes (hombres o mujeres) se cruzan.

Uno – Buenos días.

Dos – Buenas noches.

Cada uno parece extrañado por el comportamiento del otro.

Uno – Buenos noches.

Dos – Buenas días.

Uno – ¿Puedo ayudarle?

Dos – ¿Necesita alguna información?

Uno – Este no se entera de nada.

Dos – Este parece un poco atontado.

Uno – ¿Me oye?

Dos – ¿Qué estará diciendo?

Uno – ¿Habla español?

Dos – Do you speak Spanish?

Uno – Où vas-tu ?

Dos – Quo vadis?

Uno – Seguro que no es de aquí.

Dos – No debe de ser de la zona.

Uno – A lo mejor es una lengua regional.

Dos – Parece algún dialecto.

Uno – ¿Tiene algún problema?

Dos – ¿Seguro que se encuentra bien?

Uno – Ah, sí, tiene un problema serio.

Dos – No, está claro que no está bien.

Uno – ¿Busca algo?

Dos – ¿Ha perdido a alguien?

Uno – O a lo mejor es un problema de dicción.

Dos – Igual tengo que escribírselo en un papel.

Uno – ¿Tiene un lápiz?

Dos – ¿Tiene una hoja?

Uno – Parece que se va a desmayar.

Dos – A lo mejor debería llamar a un médico.

Uno – ¿Quiere que llame a una ambulancia?

Dos – Será mejor que llame yo a los bomberos.

Uno – Parece completamente perdido.

Dos – A lo mejor no está muy bien de la cabeza.

Uno – Ah, sí, da pena verlo.

Dos – El pobre... No me gustaría estar en su lugar.

Uno – ¿Quiere que le lleve a algún sitio? He venido en coche.

Dos – Menos mal que va a pie. No está en condiciones de conducir.

Uno – Bueno, creo que no merece la pena insistir.

Dos – Quizá sea mejor dejarlo tranquilo.

Uno – ¿Seguro que va a estar bien?

Dos – ¿Va a poder arreglárselas solo?

Uno – ¿Qué le voy a hacer?

Dos – Me gustaría hacer algo, pero ¿qué?

Uno – Bueno, pues... Hasta luego.

Dos – Pues, eh... Adiós.

Uno – Eso... Hasta el riego.

Dos – Venga... A dos.

Siguen sin decidirse a marcharse, algo preocupados el uno por el otro.

Dos – ¿Eh?

Uno – ¿Dos?

Dos – Uno.

Uno – Dos.

Se van cada uno por su lado, marchando al mismo ritmo.

Dos – Uno.

Uno – Dos.

Dos – Uno.

Uno – Dos...

Dan una vuelta al escenario, se encuentran y salen juntos, siempre al mismo ritmo.

10. El periódico

Dos personajes sentados en un banco.

Uno – ¿Ha leído el periódico esta mañana?

Dos – No, ¿qué pasa?

Uno – No lo sé. He cancelado mi suscripción.

Dos – Normalmente siempre hay alguno por ahí, en un banco.

Uno – O en una papelera.

Dos – Aunque sea el de ayer.

Uno – No tenemos prisa.

Dos – No necesitamos noticias frescas.

Uno – Estamos jubilados.

Dos – Solo queremos saber qué pasa.

Uno – Si pasara algo, ni nos enteraríamos.

Dos – Menos mal que está la tele.

Una pausa.

Uno – ¿Vio la tele anoche?

Dos – Mi antena se cayó del tejado con el último temporal.

Uno – Yo todavía tengo la antena. Lo que no funciona es la tele.

Dos – A lo mejor están en huelga.

Uno – ¿La tele? ¿Cómo vamos a saberlo, si ya no podemos verla?

Dos – ¡El periódico! A lo mejor están en huelga.

Uno – Normalmente siempre había alguno por ahí, en un banco.

Dos – Por eso he cancelado mi suscripción.

Uno – ¿Usted también?

Dos – Pero si todo el mundo ha hecho lo mismo que nosotros...

Uno – Es la muerte de la prensa.

Dos – Se acabaron los periódicos abandonados en los bancos.

Uno – Ya no vamos a saber nada de lo que pasa.

Dos – En la Edad Media no había periódicos.

Uno – Y a la gente no le iba peor por eso.

Dos – No sabían leer.

Uno – Y vaya usted a saber si es verdad todo lo que cuentan los periódicos.

Dos – A veces exageran un poco, eso está claro.

Uno – Cuando hablan de América, por ejemplo.

Dos – ¿América?

Uno – ¿Ha estado usted alguna vez en América?

Dos – No.

Uno – Entonces, ¿cómo podemos estar seguros de que América existe de verdad?

Meditan un momento sobre esta idea.

Dos – ¿Y si Cristóbal Colón no hubiera encontrado nada?

Uno – ¿Y si Cristóbal Colón nunca hubiera existido?

Dos – ¿Y si no hubiera nada al otro lado del mar?

Uno – ¿Y si no hubiera mar? (*El otro lo mira, algo sorprendido.*) ¿Ha visto usted alguna vez el mar?

Dos – Ah, sí, claro. Bueno, en la tele. Cuando todavía tenía antena.

Uno – Pongamos que sí. Pero ¿cómo saber qué hay al otro lado de los mares?

Dos – ¿Y si la Tierra fuera plana de verdad?

Uno – ¿Cómo saber lo que pasa de verdad en el mundo?

Dos – O incluso en este país.

Uno – O incluso en esta ciudad.

Dos – O incluso en este parque.

Uno – O incluso aquí.

El otro lo mira, algo desconcertado.

Dos – Aquí lo sabríamos, ¿no?

Uno – Precisamente. Para eso no necesitamos leer el periódico.

Dos – Y lo que pasa en otros sitios, entre usted y yo...

Uno – ¿Cómo saberlo de verdad?

Dos – ¿Cómo estar seguros?

Uno – Leyendo el periódico no, desde luego.

Una pausa. Algo que hay a sus pies llama la atención del segundo. Recoge una hoja de periódico hecha una bola y la despliega.

Uno – ¿Qué es eso?

Dos – Una página de periódico.

Uno – ¿De qué sección?

Dos – Sucesos.

Uno – ¿Y qué dice?

El otro lo mira, estupefacto.

Dos – Hablan de nosotros.

Uno – Eso no quiere decir que existamos de verdad.

El otro vuelve a mirar la página.

Dos – Dicen que estamos muertos.

Uno – ¿Muertos?

Dos – Yo, al caerme del tejado cuando intentaba arreglar la antena. Usted, electrocutado al trastear con la tele.

Uno – Muertos...

Dos – Lo pone en el periódico.

Uno – De todas formas...

Dos – ¿Cómo saber si es verdad?

11. La visita

Llegan dos personajes con gesto preocupado. Guardan silencio un momento.

Uno – ¿Y? ¿Cómo lo has visto?

Dos – La verdad, me lo esperaba peor...

Uno – Sí.

Otro silencio.

Uno – ¿Peor?

Dos – No sé... Es verdad que está muy deteriorado, pero bueno... Por lo menos nos ha hablado...

Uno – Sí...

Una pausa.

Uno – ¿Qué ha dicho exactamente?

Dos – No estoy seguro de haberlo entendido muy bien... Algo así como... Aaa... Aaa... Ooo...

Uno – Sí... Eso he entendido yo también...

Dos – Le cuestan un poco las consonantes...

Uno – Sí.

Dos – Bueno, al menos parecía contento de vernos.

Una pausa.

Uno – Me da pena verlo así...

Dos – Estábamos muy unidos a él...

Uno – Yo le quería mucho.

Dos – Creo que él también nos quería mucho.

Uno – Estábamos muy unidos.

Silencio.

Uno – ¿De verdad crees que nos reconoce?

Dos – ¡Claro que sí!

Uno – Cuando hemos llegado, ha girado la cabeza hacia el otro lado...

Dos – Será un reflejo... No estoy seguro de que controle todos sus movimientos, ¿sabes...?

Uno – Me daba la impresión de que intentaba decirnos algo...

Dos – A lo mejor quería darnos las gracias por la visita...

Uno – Mmm...

El segundo posa una mano en el hombro del primero para reconfortarlo.

Dos – Tenemos que irnos. Ya volveremos a verlo...

Uno – Sí...

Empiezan a irse.

Uno – Creo que al final he entendido lo que intentaba decirnos antes...

Dos – ¿Ha dicho algo?

Uno – Ya sabes: Aa... Aa... Oo...

Dos – Ah, eso... ¿Y?

Uno – A... A... O... Le añades unas cuantas consonantes... Suena mucho a... «Marchaos»...

Dos – ¿Tú crees...?

Uno – Suena parecido...

Dos – Mmm... De todas formas, parecía contento de vernos...

Uno – Sí...

Dos – Venga, ya volveremos...

12. Vacación

Dos personajes.

Uno – ¿Y qué tal por allí?

Dos – Ah, sí, estaba... ¡Pero qué lejos!

Uno – ¿Lejos?

Dos – No, de verdad, no pensaba que estuviera tan lejos.

Uno – ¿Pero estaba bien?

Dos – Ah, sí, estaba... ¡Pero era tan pequeño!

Uno – ¿Pero había mar?

Dos – Ah, sí, ¡el mar! Pero minúsculo.

Uno – ¿Pero había playa, por lo menos?

Dos – Ah, playa sí. Pero una de gente...

Uno – ¿En la playa?

Dos – En la playa, en el mar, por todas partes... Es tan pequeño.

Uno – ¿Y hizo buen tiempo?

Dos – Un tiempo... Magnífico. ¡Pero qué viento!

Uno – ¿Viento...?

Dos – Como para arrancarles los cuernos a los caracoles.

Uno – ¿Y hay muchos por allí?

Dos – ¿Caracoles? ¡Ni uno! Será por el viento...

Uno – ¿Y se come bien?

Dos – ¡Muy bien! Bueno, mejor de lo que cabría esperar...

Uno – ¿Y qué se come?

Dos – Un poco de todo.

Uno – Caracoles no, desde luego.

Dos – Desde luego, para comer caracoles no vayas allí.

Uno – Sí...

Dos – Caracoles de mar, en todo caso...

Uno – Mmm...

Dos – Si es que encuentras alguno...

Uno – Sí...

Dos – Pero el mar es tan minúsculo...

Uno – Mmm...

Dos – Y como el agua no es muy salada...

Uno – ¿Ah, sí...?

Dos – No sé si los caracoles de mar estarían muy a gusto allí...

Uno – Seguro que no...

Dos – Las ranas, quizá...

Uno – ¿Las ranas?

Dos – Bueno, quiero decir... ranas de mar. Si existieran...

Uno – ¿Y hay muchas cosas que hacer allí?

Dos – ¡Uf! Te lo recorres enseguida... Es tan pequeño... No, allí hay que ir a descansar. Porque, para lo demás...

Uno – ¿Vienes descansado, entonces?

Dos – Completamente agotado. Con la diferencia horaria. Es que hay casi veinticuatro horas de diferencia respecto a aquí.

Uno – Ah, sí, no es poco...

Dos – No, pero la verdad es que estuvo muy bien. Muy bien. Vamos, que volvería encantado...

Uno – Pues mira, a mí también me dan ganas de darme una vuelta por allí.

Dos – Por otro lado, ¿de verdad merece la pena ir tan lejos? A un país tan pequeño.

Uno – A algún sitio habrá que ir.

Dos – No, el año que viene pensaba más bien ir a Liechtenstein.

Uno – También es pequeño.

Dos – Sí... Pero está menos lejos.

Uno – Pero no hay mar...

Dos – ¿Ah, sí?

Uno – O uno muy pequeñito... Y no muy salado.

Se quedan un momento inmóviles, en silencio.

Dos – ¿Sabes en qué estaba pensando?

Uno – No.

Dos – Como la Tierra gira...

Uno – Sí.

Dos – Si consiguiéramos quedarnos inmóviles el tiempo suficiente...

Uno – Sí.

Dos – No, pero inmóviles de verdad...

Uno – Mmm...

Dos – En el aire, quiero decir, agarrándonos a algo...

Uno – Sí.

Dos – Que los pies no toquen el suelo, vamos.

Uno – ¿Y?

Dos – Pues doce horas después estaríamos en China.

El otro lo mira, estupefacto.

Uno – Y veinticuatro horas después estaríamos de vuelta aquí.

Dos – Habríamos dado la vuelta al mundo.

Se toman un momento para sopesar todas las implicaciones de este descubrimiento.

Dos – Pero todavía habría que encontrar algo a lo que agarrarse...

Uno – Ya...

13. Pastar

Están sentados uno al lado del otro. Él masca lo que parece un chicle. Ella se vuelve hacia él.

Ella – ¿Estás bien?

Él – Muy bien, ¿por qué?

Ella – No sé... Parece que estás rumiando algo...

Él – Ah, sí... Es heno... (*Ella lo mira, sorprendida. Él se levanta.*) Me apetece acercarme al parque, por cambiar un poco.

Ella – Bueno... Si pasas por la carnicería, ¿puedes comprar dos chuletas de cerdo? Las haré esta noche en la sartén, con arroz.

Él – No.

Ella – ¿Perdona?

Él – Ah, es verdad, ¿no te lo he dicho? Me he vuelto herbívoro.

Ella encaja el golpe.

Ella – Pues compra solo una chuleta, entonces... Tú siempre puedes comer el arroz.

Él – ¿El arroz?

Ella – Si has decidido hacerte vegetariano...

Él – Ah, no, no he dicho vegetariano. He dicho herbívoro.

Una pausa.

Ella – Bueno... Pues compra una lechuga, entonces...

Él – No hace falta. Pastaré en un trozo de césped del parque.

Ella – El césped...

Él – Siempre me he sentido muy cercano a las vacas... Llega un momento en la vida en que uno siente la necesidad de actuar de acuerdo con sus ideas. ¿Lo entiendes?

Ella – Lo intento...

Él – Bueno, digo las vacas... Podría haber dicho las ovejas, las jirafas o las gacelas...

Ella – Ah, sí...

Él – Los herbívoros, vamos... ¿No quieres acompañarme?

Ella – ¿Adónde?

Él – ¡Al parque!

Ella – ¿Me quieres mandar a pastar?

Él – ¿Tienes algo más urgente que hacer?

Ella – No.

Él – La semana pasada llovió mucho. He pasado por delante hace un rato y la hierba está preciosa, ya verás. Aprovechemos antes de que la pisotee la gente. Con el buen tiempo que hace, esta tarde va a estar lleno de gente. Te lo aseguro, es mejor ir ahora.

Ella – Vale, me pongo el abrigo.

Él se pone una chaqueta de borreguito.

Él – ¿No llama demasiado la atención?

Ella – Muuu... no. *(Se pone un abrigo que imita la piel de una vaca.)* ¿Y yo, voy bien?

Él – Beeee... sí.

Salen.

Ella – Igual no debería haberme puesto falda... ¿Tendremos que ponernos a cuatro patas?

14. Los autores de nuestros días

Dos personajes de pie, con los brazos caídos.

Uno – Ya ves, a estas horas deberíamos estar actuando.

Dos – Y aquí estamos plantados, sin saber qué decir.

Uno – Ni sabemos dónde meternos, ni sabemos qué hacer.

Dos – ¿No dejó unas palabras? ¿Ni dos letras que leer?

Uno – No lo haría volver, pero sabríamos qué decir.

Dos – Y sabríamos qué hacer, y sabríamos qué sentir.

Uno – Nos deja así, con este vacío inmenso.

Dos – ¿Por qué habrá hecho esto? ¿Por miedo a un mal estreno?

Uno – ¿Y sus amigos? No pensó en ellos ni un instante.

Dos – Mira, todos esperando, sentados aquí delante.

Uno – Esperan nuestras réplicas, pero ¿qué podemos decir?

Dos – Nada. No tenemos nada que decir.

Uno – Porque no tenemos la obra.

Uno – Porque no escribió ni un renglón.

Dos – Porque se murió ayer.

Uno – De una indigestión.

El otro lo mira, sorprendido.

Dos – ¿De una indigestión?

Uno – Lo he dicho por la rima.

Dos – ¿Era una obra en verso?

Uno – No sé. Esto no tiene ni rima ni sentido...

Dos – No somos autores, ni actores, ni nada parecido.

Dos – No sabemos qué decirlos. Solo hemos venido.

Uno – Dos personajes de luto y unas rimas huérfanas.

Una pausa.

Uno – Ahora tocaría saludar y recibir una ovación.

Dos – O silbidos e insultos, sin ninguna compasión.

Uno – Pero al menos lo sabríamos.

Dos – Si era una buena obra o un bodrio sin más.

Uno – Un exitazo o un batacazo.

Dos – Pero no lo sabremos jamás.

Uno – No, de verdad, es muy triste.

Dos – Los autores de nuestros días son de chiste.

15. Jorge

Él está sentado en una silla. Ella entra con una gabardina de inspector de policía que le queda demasiado grande.

Ella – ¿Hay alguien aquí que se llame Jorge?

Sorprendido, él mira a su alrededor. Luego, hacia el público.

Él – No sé... Probablemente sí...

Ella (*recelosa*) – ¿Probablemente?

Él – Yo no, desde luego. Bueno, creo que no...

Una pausa. Ella parece dudar.

Ella – ¿Y qué quiere usted de Jorge?

Él – Eh... Eso tendría que decirlo yo, ¿no?

Ella – ¿Ah, sí...? ¿Y por qué?

Él – Porque es usted quien busca a Jorge.

Ella – Sí.

Él – Entonces me toca a mí contestar: «¿Y qué quiere usted de Jorge?». Si no, no tiene sentido...

Ella – Tiene razón... El autor debía de estar borracho otra vez cuando escribió esto...

Él – Se habrá saltado una línea.

Ella – Se habrá hecho un lío con los personajes.

Él – Y encima ni siquiera tienen nombre.

Ella – Y esta gabardina me queda demasiado grande.

Ella se quita la gabardina y se la tiende. Debajo lleva ropa parecida a la de él. Él se levanta y se pone la gabardina. Le queda perfecta. Ella se sienta en su lugar.

Ella – ¿Y qué quiere usted de Jorge?

Él (*refiriéndose a la gabardina*) – Ah, sí, esto ya es otra cosa...

Ella – No ha contestado a mi pregunta.

Él – Aquí las preguntas las hago yo, ¿de acuerdo?

Ella – De acuerdo... (*Él parece haberse quedado sin preguntas.*) ¿Y?

Él – ¿Y qué?

Ella – Lo de Jorge...

Él – Jorge... Mmm... ¿No será él, por casualidad?

Ella – ¿Quién?

Él – ¡El autor!

Ella – ¿El autor? ¿Jorge? No, no lo creo...

Él – ¿Y por qué?

Ella – Pues porque... Porque es un autor anónimo. De principios del veinte.

Él – No hay muchos autores anónimos del veinte, ¿no?

Ella – ¿Y por qué?

Él – Los autores anónimos son más bien de la Edad Media. Hoy en día tenemos medios para dar con los autores. Las huellas genéticas y todo eso. El fichero de delincuentes literarios. Un autor anónimo del veinte no tiene sentido...

Ella – Del veinte... ¡Del distrito veinte de París! Justo al principio, por Nation. Un autor anónimo del principio del distrito veinte.

Él – Ah, sí...

Ella – Pues sí.

Él – Sí, entonces ya no me extraña tanto.

Ella – ¿Y por qué?

Él – Los autores famosos suelen vivir en el distrito seis o en el siete. Hay que tener dinero. En el diecinueve y en el veinte, claro, solo hay anónimos. ¿Y qué aspecto tiene ese autor?

Ella – ¿Jorge?

Él – Jorge, si quiere.

Ella – ¿Por qué quiere saber qué aspecto tiene?

Él – Por si lo veo.

Ella – Entonces, ¿quiere que le dé una descripción física?

Él – Para reconocerlo...

Ella – Muy bien. ¿Tiene con qué apuntar?

Él saca una libreta y un lápiz del bolsillo de la gabardina.

Él – La escucho...

Ella – Jorge se hace llamar Jorge. Pero, evidentemente, es un nombre falso. Un seudónimo, si lo prefiere.

Él – Ya veo... Un nombre en clave.

Ella – Nadie conoce el verdadero nombre de Jorge. De hecho, lo único que sabemos de Jorge es que no se llama Jorge. Y en cuanto a su aspecto...

Él (*garabateando en la libreta*) – Muy bien, le agradezco esta valiosa información...

Ella – ¿De verdad ha escrito eso?

Él – He hecho algo mejor... (*Le tiende la libreta.*) Mire...

Ella – ¿Un retrato robot? (*Mira el dibujo.*) Pero... ¿Por qué ha dibujado un perro?

Él – Yo... Solo sé dibujar perros... Pero reconocerá que se parece mucho, ¿no?

Ella – Sí... Es clavado...

Él – Y no es un perro cualquiera... Es un perro policía... El perro es el mejor amigo del hombre. Créame, un perro nunca le decepcionará.

Ella – ¿Ha terminado?

Él – ¿El qué?

Ella – ¡Su investigación!

Él – Por ahora, sí. Pero le pido que siga a disposición de la policía. Tengo que consultar otras fuentes...

Ella – ¿Qué fuentes?

Él – Garamond, Helvetica, Times New Roman... Tiene donde elegir...

Una pausa.

Ella – ¿Y por qué se busca a ese Jorge, exactamente?

Él – Lo siento, pero eso, aunque lo supiera, no podría decírselo.

Ella – Ya veo...

Él – Pues qué suerte tiene.

Ella – ¿Entonces puedo irme?

Él – ¿Adónde?

Ella – No sé... Por ahí...

Él – Muy bien, pues digamos que... voy a seguirla.

Se disponen a salir.

Ella – ¿Y de verdad está seguro de que existe?

Él – ¿Quién?

Ella – ¡Jorge!

Él – ¡Claro!

Ella – De todas formas, no sabemos gran cosa de él.

Él – Ya sabemos que no se llama Jorge...

Ella – Sí.

Él – Es un comienzo.

Salen.

16. JC

Las indicaciones de izquierda y derecha se dan desde el punto de vista del público.

J está ahí, sin hacer nada, con aire ausente. C entra por la izquierda y pone cara de desconcierto.

C – ¿Alguien puede explicarme qué pasa aquí...?

Como si saliera de su letargo, J mira a C con una mezcla de sorpresa e indiferencia.

J – ¿Pasa algo?

C – ¿Qué pasa?

J – ¿Qué podría estar pasando?

C – No sé... Por eso se lo pregunto.

J – Ha llegado usted y...

C – Me ha parecido que interrumpía algo...

J – ¿Y qué podría haber interrumpido?

C – Nada.

J – Ya es algo.

C – ¿El qué?

J – Aparecer así... De la nada... E interrumpirme... Cuando no estaba haciendo nada.

C – ¿Insinúa que soy yo quien ha hecho algo?

J – ¿No?

Una pausa.

C – Bueno, ¿y ahora qué hacemos?

J – No sé. Esperamos a ver qué pasa.

C – ¿Qué?

J – Que pase algo...

C – ¿Algo?

J – O alguien...

C – ¿Alguien...? ¿Y por dónde podría venir?

J – No me aclaro nunca... (*Dudando.*) ¿Por la derecha o por la izquierda...?

C – Pero si es muy fácil... Mire. (*Se coloca de espaldas al público y señala primero a su izquierda y luego a su derecha.*) Vamos a llamar a este lado Jardín del Edén. Y al otro, Corte de los Milagros. JC.

J – ¿JC...?

C – Jardín, Corte... JC... ¡Jesucristo!

J – Ah, sí...

Una pausa durante la cual no pasa nada.

J – Tiene razón... Será mejor que nos separemos...

J sale por la derecha. C se queda sin hacer nada y con aire ausente, como J al principio de la escena. Al cabo de un rato, J irrumpe por la izquierda.

J (teatral) – ¿Alguien puede explicarme qué pasa aquí...?

Como si saliera de su letargo, C mira a J con sorpresa. Luego parece recordar algo vagamente.

C – Se va a reír, pero le estaba esperando...

J – Como al Mesías.

C – Pero no por ese lado...

17. La maleta

Un personnage llega con una maleta en la mano y se acerca a una mesa detrás de la cual se encuentra otro personaje.

Uno – Buenos días, ¿es aquí lo de objetos perdidos?

Dos – Sí.

Uno – Me he perdido al venir.

Dos – Entonces, ¿viene a dejar algo?

Uno – No, más bien a recoger.

Dos – ¿Qué ha perdido?

Uno – A ver... *(Saca un papel y lee.)* Perdí la virginidad muy joven. Perdí todas mis ilusiones más o menos al mismo tiempo. Perdí la fe y ocho kilos. Perdí la calma y bastante dinero. Perdí el trabajo y el apetito. Perdí el tiempo antes de perder la cabeza. Perdí la dignidad y los papeles. Perdí el norte y perdí el sueño. Perdí la alegría de vivir junto con mis últimas esperanzas. Y hace muy poco perdí la memoria.

Dos – Ah, sí.

Uno – Y anteayer perdí hasta a mi mujer.

Dos – Pero ¿la ha perdido...?

Uno – Una rubia bajita, un poco rellenita, con una cinta roja alrededor de la muñeca. ¿No la habrán traído por aquí, por casualidad?

Dos – ¿Una cinta roja?

Uno – Precisamente para reconocerla. También lo hago con las maletas cuando viajo en avión. Pero aun así la perdí.

Dos – ¿Ha perdido una maleta? Porque aquí tenemos un montón, ¿sabe? ¿Qué había en su maleta?

Uno – ¿Qué maleta?

Dos – La que ha perdido.

Uno – No he perdido ninguna maleta. Al contrario. *(Señalando su maleta.)* He encontrado una.

Dos – ¿Qué hay en esa maleta?

Uno – Nada. Bueno, eso creo. No he conseguido abrirla. Pensaba llenarla con todo lo que me va a devolver.

Dos – Ya, pero si esa maleta no es suya... ¿Está seguro de que no es suya? Tiene una cinta roja alrededor del asa.

Uno – Ah, pues sí...

Dos – ¿Está seguro de que no está casado con una maleta?

Uno – ¡Ah, sí!

Dos – De todas formas, si supiera cuántas maletas tenemos aquí con una cinta roja alrededor del asa...

Uno – ¿Y mi mujer?

Dos – Lo siento, pero aunque alguien la encuentre, no creo que la traiga aquí. ¿Estaba entera?

Uno – ¿Por qué me pregunta eso?

Dos – Yo qué sé... En trozos, una mujer bajita, aunque esté un poco rellenita, cabe en una o dos maletas... El problema es que aquí tenemos muchas maletas. Y la mayoría de las veces ni nos molestamos en abrirlas para ver qué hay dentro.

Uno – ¿De verdad?

Dos – Sobre todo si están cerradas con llave.

Uno – Ah, sí.

Dos – Así que no, claro, no puedo garantizarle al cien por cien que no tengamos aquí una o dos mujeres repartidas en tres o cuatro maletas de tamaño normal o uno o dos baúles grandes.

Uno – Ya veo.

Dos – Solo intento decirle que, si su mujer está aquí, probablemente esté en varios trozos.

Uno – ¿Y el resto?

Dos – ¿El resto? *(Una pausa.)* Ah, sí, pero... no. Eso no va a ser posible.

Uno – ¿Por qué?

Dos – Pues... ¡porque nos falta personal, por eso!

Uno – Ah...

Dos – Si por mí fuera, ya se imagina... Pero es que aquí estoy yo solo. Para recibir objetos y para devolverlos. Y ahora que han suprimido una de cada dos plazas de funcionario...

Uno – ¿Sí?

Dos – Pues... Un día los devolvemos y al siguiente los recibimos.

Uno – Y hoy los reciben.

Dos – Eso es. Qué mala suerte. Pero vuelva mañana, que mi compañera le atenderá.

Uno – Bueno...

Dos – ¿Seguro que no quiere dejarme su maleta? De eso sí puedo ocuparme...

Uno – Bueno... Tome... Ya la recogeré mañana...

Dos – Esa u otra... ¿Qué más da...? Si está vacía de todas formas...

Uno – Bueno, entonces vuelvo mañana...

Dos – Procure no perderse esta vez... Ahora ya sabe cómo encontrarnos...

El primero le tiende la maleta al segundo, que la coge con un esfuerzo visible.

Dos – Pues oiga, para estar vacía, pesa como un muerto.

El primero se va. El segundo examina la maleta.

Dos – Cerrada con llave... (*Guarda la maleta en un rincón.*) A saber qué habrá ahí dentro esta vez.

18. Low cost

Una fila de asientos o un banco. Entra una mujer despacio, con un bolso en la mano. Mira a su alrededor con indiferencia, con la única intención de retrasar el momento de sentarse. Al final deja el bolso, se sienta y se queda esperando, con la mirada perdida, fija al frente. Entra un hombre con algo más de prisa. Se mira el reloj y empieza a pasearse de un lado a otro. Al cabo de un rato, repara en la mujer y se vuelve hacia ella.

Él – Perdone, pero ¿usted es...?

Ella (sorprendida) – Sí...

Él – Ya me parecía...

Ella – Ah, sí...

Él – Pero no quisiera...

Ella – No, claro...

Él – ¿Me permite que...?

Ella – Ajá...

Él se sienta.

Él – Entonces, ¿está aquí para...?

Ella – ¿Usted no?

Él – Sí, sí, yo también...

Ella – Perfecto.

Él – Perdone por...

Ella – No hay de qué.

Silencio. Ambos siguen esperando, cada uno por su lado.

Ella – ¿Tiene hora, por favor?

Él – Depende... ¿La de origen o la de destino?

Ella – Perdone, era una pregunta tonta.

Él – Sí...

Silencio. Él se levanta, inquieto.

Él – Esta es la Terminal 2, ¿no?

Ella – Sí... Eso espero.

Él – Como solo estamos nosotros, empezaba a preguntarme si...

Ella – ¿Qué otra cosa podría ser...?

Él – ¿La Terminal 1?

Ella – La Terminal 1 ya no existe.

Él (*incrédulo*) – ¿Solo queda la Terminal 2?

Ella – Sí.

Él asimila la información.

Él – No, es que si estuviéramos en la Terminal 1, como dice que ya no funciona, eso explicaría que...

Ella – Estamos en la Terminal 2.

Él – Como solo estamos usted y yo...

Ella – A lo mejor somos los primeros.

Él – Mmm...

Silencio. Él vuelve a sentarse.

Él – ¿Se va?

Ella – ¿Perdón?

Él – No, quiero decir... ¿Se va o vuelve? ¿Es de aquí y va para allá, o vuelve a casa?

Ella – ¿Ah, eso? Pues... Voy... Vengo... No soy de ningún sitio en concreto... Digamos que estoy en tránsito...

Él – Yo también... (*Un poco nervioso*) Esta zona no tiene aseos, ¿no?

Ella – Se supone que aquí no se está mucho tiempo... ¿Y usted?

Él – ¿Yo?

Ella – ¿Vuelve a casa?

Él – ¿A casa? Ah, no, yo... Estoy un poco como usted, en realidad.

Silencio incómodo.

Ella – Perdona, no estoy muy habladora.

Él – La culpa es mía, perdona... La dejo tranquila...

Ella – No, no, no me molesta... Es solo que... ¿Cree que, si solo somos dos, saldremos de todas formas?

Él – Eso espero... No sé... ¿Cree que es como en el teatro? Si no hay suficientes espectadores, ¿se cancela la función?

Ella – Me pasó una vez, fíjese. En el teatro, quiero decir. De hecho, tengo muy mal recuerdo de aquello. Me pareció muy poco elegante. Hasta grosero. Eso de soltarte a la cara en el último momento: «¿Dónde se ha metido el resto del rebaño? No pensaréis que vamos a actuar para unas cuantas ovejas descarriadas, ¿no? Vale, os habéis molestado en venir, nadie os obligaba, mala suerte. ¡Pero nosotros somos estrellas! Solo actuamos con la sala llena. Así que volved a vernos cuando veáis cola en la puerta...» ¡Qué prepotencia! ¡Cuando ni siquiera son capaces de atraer a más de dos personas a la vez! Y encima nos castigan a nosotros, en vez de meterse precisamente con todos los que no han venido. Al contrario, en esos casos deberían felicitarnos. Darnos las gracias. Gracias por ser los únicos que os habéis molestado en venir. Deberían decirnos: «Lo que cuenta no es la cantidad, sino la calidad. Y para agradeceros la calidad de vuestra presencia, esta noche vamos a esforzarnos el doble que de costumbre. Vamos a actuar solo para vosotros. Ya veréis, será una experiencia íntima de una intensidad extraordinaria. Una experiencia que recordaréis toda la vida...» ¿Qué les habría costado actuar? ¡Aunque fuera para una sola persona! ¡Aunque fuera con la sala vacía! ¿Una o dos horas de su tiempo? En vez de eso, prefirieron dejarme plantada e irse a tomar unas cañas al bar de enfrente, lamentándose de lo dura que es la vida de los artistas...

Él – Pues... Para no estar muy habladora...

Ella – Perdona, pero me parece triste... Para ellos, cancelar una función solo significa dejar de ganar dinero... Para mí fue una cita fallida... Un momento que nunca llegó a existir, ¿me entiendes?

Él – Sí, pero aquí hay que pagar el queroseno... ¿Se da cuenta? Un actor, ¿cuánto consume? Un litro o dos al día. Pero un avión debe de quemar unos mil litros a los cien. Así que, si solo vamos dos a bordo, claro. Aunque les compremos algo del duty free a las azafatas durante el vuelo, a ellos no les sale rentable...

Ella – Mmm...

Él – ¿Y si están en huelga?

Ella – Nos habrían avisado, ¿no?

Él – A lo mejor es una huelga sorpresa. ¡Cosa de los comunistas!

Ella – En ese caso, ¿por qué íbamos a ser los únicos que no se han enterado?

Una pausa.

Él – ¿Cree que un comunista al que le toca la lotería sigue siendo comunista?

Ella – Hay que esperar. Es lo único que podemos hacer...

Él (*siguiendo con su idea*) – Yo, si me tocara la lotería, desde luego creo que empezaría a creer en Dios. (*Una pausa*) ¿Sabe en qué época me habría gustado vivir?

Ella – No.

Él – En la prehistoria.

Ella – Ah, sí...

Él – ¿No me pregunta por qué?

Ella – A ver, diga.

Él – ¡Porque todo era mucho más sencillo!

Ella – ¿Usted cree?

Él – Para empezar, no había aviones. Así que tampoco había compañías low cost. De hecho, tampoco había coches. Ni siquiera bicicletas, porque todavía no se había inventado la rueda. Cuando alguien quería ir a algún sitio, iba andando. Era mucho más ecológico.

Ella – ¿Andando? ¿Se lo imagina? ¡Para ir de París a Niza tardaban un mes!

Él – Pero ¿por qué iba a querer ir a Niza un neandertal? ¡La ciudad de Niza no existía!

Ella – La Costa Azul sí existía, ¿no? Esa gente también podía tener ganas de pasar la jubilación en un sitio agradable y con gente bien, o de irse de vacaciones a la playa de vez en cuando. Con la vida que debían de llevar...

Él – ¡Pero no había jubilación ni vacaciones! Porque el concepto de trabajo no existía. Tampoco había Seguridad Social, así que no había agujero en sus cuentas. Ni Estado ni religión, así que ni cárceles ni sentimiento de culpa.

Ella – Ya veo... La ley de la selva, entonces...

Él – ¡Exactamente! Me habría gustado vivir en la época en que el hombre era un animal más. Un poco más listo que los demás, quizá... La inteligencia, ¿sabe?, no solo tiene ventajas...

Ella mira a su alrededor, un poco inquieta.

Ella – Empiezo a pensar que a lo mejor tiene usted razón...

Él – Apenas tardamos cuatro millones de años en descender del mono. Apenas un segundo a escala de la historia del universo. Todavía estamos a tiempo de hacer el camino inverso...

Ella (*sin entender*) – ¿Para ir adónde?

Él – ¡Para volver al estado salvaje!

Ella – ¡Yo hablaba de nuestro avión! Empiezo a pensar que habría hecho mejor en coger el tren...

Él – También hay trenes que no salen a su hora, ¿sabe? Y otros que descarrilan...

Ella – ¿Cree en el destino?

Él – Depende de lo que entienda por eso...

Ella – La idea de que todo está ya escrito.

Él – ¿Por quién?

Ella – ¡Por nadie! La idea de que en realidad no podemos elegir. Solo tenemos la ilusión de poder hacerlo. La idea de que el lugar al que llegamos al final está decidido desde el principio por una serie de cambios de vía, hagamos lo que hagamos. Y que no nos queda más que armarnos de paciencia...

Él – No estamos obligados a coger el tren. La prueba...

Ella – También hay controladores aéreos...

Él – Por lo visto, están en huelga... ¿Y si nos fuéramos, sin más?

Ella – Estamos en la zona de embarque.

Él – ¿Y qué?

Ella – ¿Ha visto aquel cartel?

Él (*leyendo*) – Prohibido salir... ¡Es de locos!

Ella – Ya hemos pasado el control de seguridad. No podemos volver atrás...

Él – Y, por lo que veo, tampoco vamos a despegar de momento. Pero ¿cuándo vamos a mear?

Ella – Recuerdo que hace mucho tiempo...

Él (*interrumpiéndola*) – ¡Ah, no!

Ella – ¿Cómo que no?

Él – No me vaya a contar ahora su vida. Los recuerdos son muy pesados, ¿sabe? Hay un límite que no se puede sobrepasar. A lo mejor es por su culpa por lo que no podemos despegar...

Ella – ¿Yo?

Él – ¡Exceso de equipaje!

Ella – Solo llevo un bolso pequeño...

Él – Es una compañía low cost. Imagínese que han sustituido los aviones por globos dirigibles.

Ella – ¿Globos aerostáticos?

Él – ¿Cómo cree que se hace despegar un zepelín?

Ella – No sé...

Él – ¡Soltando lastre!

Ella – ¿Quiere tirarme por la borda?

Él – ¡Los sacos de arena! Se tiran por la borda. O se vacían...

Ella – Pero... ¡yo no llevo arena en el bolso!

Él – ¿Está segura?

Ella abre el bolso, mete la mano y, sorprendida, saca un puñado de arena que deja deslizarse entre los dedos.

Él – Pues ahí lo tiene...

Ella – ¿Cree que con eso bastará?

Él – Yo no llevo equipaje...

Ella – Bueno...

Ella vierte la arena en el suelo.

Él – Perfecto.

Una pausa.

Ella – Seguimos sin despegar...

Él – Pero por lo menos se sentirá más ligera, ¿no?

Ella – No sé.

Él – ¿De qué estábamos hablando?

Ella – Ya no me acuerdo... ¿Y usted?

Él – Yo nunca he tenido memoria.

Ella – Entonces, ¿por qué tengo esta vaga sensación de haber vivido esto antes...?

Él – ¿Cree que estábamos destinados a encontrarnos?

Ella – Si todo está escrito de antemano... Lo habrán desviado hacia mí.

Él – O a lo mejor es usted la que está descarrilando.

Ella – ¿Quiere ser mi marido?

Él (*mirando a su alrededor*) – ¿De verdad tengo elección?

Ella – Tenía que acabar así.

Él – Estaba escrito.

Silencio.

Él – Parece que va a hacer buen tiempo.

Ella – Sí, anuncian tormentas.

Una pausa.

Ella – A mí también me están entrando ganas de ir al baño.

Él – Habrá sido el destino el que nos ha unido.

Se cogen de la mano.

Él – Un poco de compañía...

Ella – Nunca viene mal.

Ponen una sonrisa de anuncio.

Él – Terminal 2.

Ella – Compañía low cost.

19. La carretera

Dos personajes al borde de una carretera. El primero tiene el pulgar levantado para hacer autostop.

Uno – Está todo tranquilo.

Dos – Sí.

Uno – No pasa casi nadie.

Dos – No.

Uno – Me está dando un calambre. *(Baja el pulgar.)* ¿Adónde va esta carretera?

Dos – ¿Hacia qué lado?

Uno – No sé. Hacia ese lado.

Dos – ¿No hay ninguna señal?

Uno – No veo ninguna.

Dos – ¿Y por el otro lado?

Uno – Tampoco. *(Una pausa.)* Es una tontería, ¿no te parece?

Dos – ¿El qué?

Uno – Estamos aquí, al borde de la carretera, y no sabemos adónde va.

Dos – La carretera, no sé adónde va, pero nosotros no vamos a ninguna parte.

Uno – Ya... No hay mucho tráfico. *(Una pausa.)* ¿Y si cambiamos de lado?

Dos – ¿Para qué?

Uno – ¿Para ir por allí?

Dos – ¿Quieres ir por allí?

Uno – ¿Por qué no? No hay coches que vayan por aquí.

Dos – Tampoco hay coches que vayan por allí.

Uno – Pues nos ponemos uno a cada lado.

Dos – ¿Para qué?

Uno – Así tendremos el doble de posibilidades.

Dos – ¿Posibilidades de qué?

Uno – Posibilidades de no quedarnos aquí. ¿Tú quieres quedarte aquí, al borde de la carretera?

Dos – No.

Uno – Bueno... ¿Quién cruza?

Dos – Ve tú. La idea ha sido tuya...

Uno – Vale.

Dos – Ten cuidado al cruzar.

El primero cruza al otro lado de la carretera. Un largo silencio.

Dos – ¿Y?

Uno – Por este lado también está todo tranquilo.

Dos – ¿Y si viene un coche?

Uno – Y se para, ¿no?

Dos – Y se para.

Uno – ¿En qué lado?

Dos – No sé. En un lado o en el otro.

Uno – Pues nos subimos.

Dos – ¿Los dos?

Uno – ¿Tú qué piensas?

Dos – No sé.

Uno – Si nos separamos, tendremos el doble de posibilidades.

Dos – ¿Posibilidades de qué?

Uno – De que pare un coche.

Dos – Pero entonces no iremos en el mismo sentido, ¿no?

Uno – De todas formas, no hay ningún coche...

Dos – Yo creo que antes era mejor.

Uno – ¿El qué?

Dos – Estábamos juntos.

Uno – ¿Juntos?

Dos – En el mismo lado. Podíamos hablar.

Uno – ¿Hablar de qué?

Dos – Para pasar el rato. Mientras esperamos a que pare un coche.

Uno – Pues cruza tú también.

El segundo cruza y se reúne con el primero. Silencio. Se oye un coche que se acerca.

Dos – Mierda, va por el otro lado.

Uno – Si no hubieras cruzado...

Dos – Te habrías quedado tú solo al borde de la carretera, y yo me habría ido por allí.

Uno – Ya...

Dos – A lo mejor los coches solo pasan en un sentido.

Uno – ¿En qué sentido?

Dos – A lo mejor es una carretera de sentido único. A lo mejor este es el sentido prohibido.

Uno – ¿Tú crees?

Dos – Nunca hemos visto pasar un coche en ese sentido.

Uno – ¿Qué hacemos? ¿Volvemos al otro lado?

Dos – No se está tan mal aquí.

Uno – Si no fuera por esta carretera.

Dos – No hay mucho tráfico.

Uno – No... Está todo tranquilo.

20. A decir verdad

Una pareja sentada a una mesa. Están terminando de cenar.

Mujer – ¡Menudo banquete!

Hombre – Sí, ¿eh?

Mujer – Bueno, de vez en cuando nos podemos permitir un pequeño exceso, si la ocasión lo merece.

Hombre – Venga, ¡por nuestro aniversario de boda!

Levantán las copas, brindan y beben.

Mujer – Treinta años, ¿te das cuenta?

Hombre – Parece que fue ayer.

Mujer – Si pudieras volver atrás, ¿te casarías conmigo?

Hombre – ¡Con los ojos cerrados!

Mujer – ¿Y con los ojos abiertos?

Hombre – ¿No dicen que el amor es ciego?

Mujer – ¿Qué quieres decir con eso?

Hombre – Pues no tengo ni idea.

Mujer – Estoy un poco mareada...

Hombre – ¿Quieres postre?

Mujer – No sé si sería muy sensato...

Llega la camarera.

Camarera – ¿Qué tal? ¿Les ha gustado?

Hombre – ¡Todo perfecto! ¿Verdad, cariño?

Mujer – ¡Exquisito! No, de verdad...

Hombre – Un buen restaurante como este era lo que faltaba en el barrio.

Camarera – Gracias.

Mujer – ¿Y cómo se le ocurrió abrir un restaurante por aquí, si no es indiscreción?

Camarera – En este negocio no hay secretos. Hay que elegir un barrio donde la gente sea lo bastante vieja como para que ya no le quede más placer en la vida que comer. Pero tampoco demasiado mayor, que todavía le queden unos cuantos dientes para masticar.

Hombre – Ah, sí...

Camarera – Y viejos lo bastante ricos como para permitirse un restaurante carísimo de vez en cuando, claro.

Mujer – Claro... Pero vamos, estaba todo muy bueno. ¿Verdad, cariño?

Hombre – Excelente.

Camarera – Bueno, no hacemos nada complicado. Nos limitamos a descongelar los platos precocinados que compramos por cuatro duros al mayorista.

Mujer – ¿De verdad?

Camarera – ¿Para qué complicarse la vida? Total, la gente no nota la diferencia. ¿Ustedes han notado la diferencia?

Hombre – Pues no...

Camarera – ¡Pues ya ven! No, entre nosotros, este restaurante ni siquiera tiene cocina.

Hombre – ¿De verdad? Pero en aquella puerta, al lado de los aseos...

Mujer – Pone «Cocina», ¿no?

Camarera – Eso es de adorno. Es una puerta falsa pegada a la pared, ni siquiera se abre. No, lo único que tenemos es un cuartucho detrás de la barra con un microondas para descongelarlo todo en un momento.

Hombre – Ah, sí...

Camarera – ¿No les mosqueó que tuviéramos unos cincuenta platos distintos en la carta?

Hombre – Es verdad que hay mucho donde elegir, pero...

Camarera – ¿Y que a los cinco minutos de pedir les sirviéramos una auténtica bullabesa de Marsella, como si llevara todo el día cociéndose a fuego lento en una cocina del Puerto Viejo?

Mujer – Eso sí, el servicio es rápido, no se puede negar. ¿Verdad, cariño?

Hombre – En cualquier caso, esa bullabesa estaba muy buena.

Camarera – Bueno, si les ha gustado, eso es lo importante. ¿Qué tal un postrecito para bajar la bullabesa?

Hombre – ¿Por qué no?

Mujer – Con mucho gusto...

Hombre – Es por pura gula.

Camarera – Sí, con lo rellenitos que están los dos, ya me imagino que no es la desnutrición lo que los ha traído hasta la puerta de este restaurante.

Hombre – Pues no...

Camarera – Si es que a esto todavía se le puede llamar restaurante...

Mujer – Pues sí...

Camarera – Bueno, ¿me permiten una pequeña sugerencia para el postre?

Mujer – Por supuesto.

Camarera – En ese caso, les recomiendo el tiramisú.

Mujer – Su especialidad, me imagino.

Camarera – ¡No! Pero lleva por lo menos seis meses muerto de risa en el congelador y caduca mañana. Si no vendo lo que me queda antes de esta noche, tendremos que dárselo todo a los comedores sociales. Es que tenemos unos controles sanitarios muy estrictos.

Hombre – Eso es tranquilizador...

Camarera – Venga, hagan una buena obra. No querrán que este auténtico tiramisú al estilo italiano acabe en un comedor social y que gente que pasa hambre de verdad se empache en su lugar, ¿no?

Mujer – Pues tiramisú, entonces.

Hombre – Yo también.

Camarera – Y una gastroenteritis de vez en cuando viene muy bien para la línea, ya verán...

Mujer – Nos recordará nuestra luna de miel en Italia...

Camarera – ¿Tuvieron gastroenteritis en su luna de miel?

Hombre – Eh... no, me refería al tiramisú.

Camarera – ¿Perdón?

Mujer – El tiramisú, Italia...

Camarera – ¡Ah, sí! Bueno, he dicho que era un tiramisú al estilo italiano, no que viniera de Italia. Este lo fabrican en Rumanía, pero bueno. Al menos sabemos de dónde viene. No siempre es así, créanme... Perfecto, pues dos tiramisús para los señores.

La camarera se aleja. Ellos se sonríen amablemente.

Hombre – No sé si ha sido muy sensato.

Mujer – Sí... Es por pura gula...

21. Contrasentido del humor

Entra un personaje. Parece estar buscando algo. Otro se acerca y lo observa un momento con curiosidad, sin entender muy bien qué está haciendo.

Dos – ¿Ha perdido algo?

El primero repara en él.

Uno – Eh... Sí... Pues resulta que... he perdido mi sentido del humor.

Dos – ¿No es broma?

Uno – ¿No podría ayudarme, por casualidad?

Dos – ¿Ayudarle?

Uno – A encontrar mi sentido del humor.

Dos – Me gustaría, pero no tengo ni idea de lo que es.

Uno – ¿No sabe lo que es?

Dos – No tengo ningún sentido del humor.

Uno – ¿No? ¿Está seguro?

Dos – Pues en eso... Todos los que conozco están de acuerdo.

Uno – Ah, sí... No tiene gracia. ¿Ningún sentido del humor?

Dos – Así que, aunque quisiera, ya me entiende... No veo cómo podría ayudarle a encontrar el suyo.

Uno – Claro.

Dos – ¿No será una broma, por casualidad?

Uno – ¿El qué?

Dos – Pues... Eso que me está diciendo. Que ha perdido su sentido del humor.

Uno – Ah, no, en absoluto...

Dos – No, porque si fuera una broma, por desgracia... No espere que la entienda.

Uno – Lo entiendo.

Dos – Pero eso no significaría necesariamente que su broma no tuviera gracia, ¿eh? Nunca me río con ninguna broma...

Uno – Eso no me ayuda mucho...

Una pausa.

Dos – ¿Así que el humor tiene un sentido?

Uno – ¿Perdón?

Dos – Dice que ha perdido el sentido del humor. Entonces, ¿el humor tiene un sentido?

Uno – Sí, en cierto sentido.

Dos – ¿Incluso el humor absurdo?

Uno – No, es verdad, ese no tiene ningún sentido.

Dos – Es evidente. Lo absurdo no tiene ningún sentido, ni siquiera el del humor.

Uno – No es exactamente lo que quería decir. Es justo lo contrario. Lo que quería decir es que el humor absurdo no tiene sentido. Ahí está precisamente la gracia.

Dos – ¿Usted cree?

Uno – Al menos eso me parecía antes de perder mi sentido del humor. Pero le confieso que ya no estoy tan seguro.

Dos – Todo esto es un poco complicado, ¿no?

Uno – Seguramente por eso me cuesta tanto orientarme.

Dos – ¿Y cree que hay un buen y un mal sentido del humor?

Uno – No, ¿por qué?

Dos – Dice que ha perdido su sentido del humor. Entonces el humor tiene varios sentidos y usted ya no sabe cuál es el bueno, ¿no?

Uno – ¿El bueno?

Dos – ¡El buen sentido!

Uno – Ya veo, pero me temo que eso es otro contrasentido.

Dos – ¿Así que también hay un contrasentido del humor?

Uno – Cuando hablamos del sentido del humor, no usamos la palabra «sentido» en el sentido de...

Dos – ¡No me diga que la palabra «sentido» también tiene varios sentidos!

Uno – El sentido del humor es la capacidad de encontrar graciosas las cosas que lo son. Eso no quiere decir que el humor tenga que tener un sentido, y mucho menos que haya un buen y un mal sentido del humor.

Dos – Si le sigo bien... no hay sentido del humor.

Uno – Yo aún diría más: el humor es lo que no tiene sentido.

Dos – Todo eso me parece de puro sentido común.

Uno – ¿Qué le decía yo?

Dos – ¿El qué?

Uno – He perdido mi sentido del humor.

Dos – ¿Está seguro?

Uno – Créame, cuando uno se pone a intentar darle un sentido al humor, es que no tiene ni pizca.

Dos – Tiene su lógica.

Uno – Fíjese en Bergson. Escribió un libro sobre la risa. *Ensayo sobre la significación de lo cómico*. Pues créame, ese tipo no era ningún cómico. Y nunca he visto a nadie partirse de risa leyendo su libro.

El otro lo mira un momento, perplejo.

Dos – De todas formas, voy a ayudarlo a buscar...

Oscuro.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicos (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más interpretados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde su sitio La Comédiathèque (comediatheque.net). No obstante, toda representación pública está sujeta a autorización ante la SACD.

Para aquellos que sólo deseen leer estas obras o que prefieran trabajar el texto a partir de un formato libro tradicional, se puede pedir una edición en papel de pago en Amazon a un precio equivalente al coste de fotocopia de este fichero.

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Joker
El Último Cartucho
Ella y El
Encuentro en el andén
EuroStar
La Corda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer, un salto hacia
atrás para la Humanidad...

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Denominación de Origen no Controlada
Después de nosotros el diluvio
El contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
Las Pirámides
Regreso a la escena
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Flagrante delirio
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas

Comedias para 7o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad...
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El infierno son los vecinos
El pueblo más cutre de España
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansa a la fieras
Prehistorias grotescas

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de Parque
Breves del Tiempo Perdido
¡Demasiado es demasiado!
Ella y El, Monólogo Interactivo
Escenas callejeras
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
¡Tranquilo!

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs

Todas las piezas de Jean-Pierre Martinez son libremente descargables desde el sitio
comediatheque.net

*Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.*

Avignon – Septiembre de 2026

ISBN 978-2-38602-416-0

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.